



Semblanza de la Dra. Liliana Rosa Grinfeld

El Dr. Hernán Doval, director de la *Revista*, me encargó la honrosa y muy dolorosa misión de despedir a uno de los seres más entrañables que me tocó conocer. No puedo negar la dualidad de sentimientos que esto me genera; por un lado, el fuerte dolor que me produce materializar su partida de este mundo que, por otro, seguramente no se podrá mitigar con la satisfacción que me surge al escribir estas líneas tratando de volcar el más justo homenaje que ella merece.

Sé que en esta nota no puedo resumir todo lo que quisiera expresar sobre lo que significó el paso de Liliana por este mundo; creo además que no puedo ser original, dado que sé de muchos otros que desde el afecto podrían decir lo mismo por lo que ella les dejó al brindarles su amistad.

Repasando los aspectos de su trayectoria vital, la Dra. Grinfeld, oriunda de La Plata, provincia de Buenos Aires, nació el 1 de febrero de 1944. Siguiendo los pasos de su padre, a quien admiraba, comenzó la carrera de Medicina en la Facultad de Medicina de La Plata y se recibió de médica en 1968. Al año decidió continuar su formación en la Cleveland Clinic en los Estados Unidos, donde el doctor René Favalaro estaba haciendo sus primeras experiencias de *bypass* coronario. Comenzó con la residencia de Clínica Cardiológica y luego de un año pasó al Servicio de Hemodinamia de esa institución liderada por el Dr. Mason Sones, quien fue el primero en realizar una cinecoronariografía y *a posteriori* dio el marco necesario para su aplicación clínica. Una vez terminada su formación fue él quien al ver el notable desempeño de Liliana le ofreció en múltiples oportunidades que continuase su carrera en su servicio; de hecho, hasta su muerte formó parte de esa institución como consultora Internacional en Cardiología de la Cleveland Clinic Foundation.

A su regreso a la Argentina en 1971 formó parte del Centro de Hemodinamia del Sanatorio Güemes dirigido por el Dr. Luis de la Fuente, donde el Dr. René Favalaro estaba a cargo del Servicio de Cirugía Cardiovascular, entidad que terminó transformándose en la actual Fundación Favalaro. Pocos años después desarrolló con

otros colegas el Servicio de Hemodinamia del Sanatorio Antártida, donde en 1980 realizó la primera angioplastia con balón en nuestro país. Continuó su carrera hospitalaria como jefa de Cardiología Intervencionista del Hospital Italiano; fue además jefa de Cardiología Intervencionista de la Clínica San Camilo, jefa de Cardiología Intervencionista del Instituto de Diagnóstico de Afecciones Cardiovasculares (IAYTAC) de La Plata; médica y consultora del Servicio de Cardiología del Hospital Español de La Plata y se desempeñó como jefa del Instituto Cardiovascular Atlántico en Mar del Plata.

En el aspecto institucional, luego de ocupar los cargos más importantes de la Sociedad Argentina de Cardiología fue elegida presidenta de esta institución; años después accedió a la presidencia de la Fundación Cardiológica Argentina (única mujer hasta la fecha en ocupar esos cargos). En ambas oportunidades me tocó acompañarla institucionalmente; puedo asegurar que en su paso siempre dejó su marca de trabajo descollante pero no menos humilde en la búsqueda de hacer lo imposible para que su Sociedad y su Fundación (como ella las llamaba) tuvieran una participación de relevancia a nivel nacional e internacional acorde a las sociedades cardiológicas más importantes del mundo. A mediados de los años noventa también dirigió el Colegio Argentino de Cardioangiólogos Intervencionistas (CACI). Terminado su período como máxima dirigente en cada una de estas instituciones siguió aportando su colaboración en forma permanente con absoluto desinterés personal; su aporte nos permitió zanjar muchos problemas nacionales e internacionales por lo que ella significaba en el mundo cardiológico a nivel mundial.

En 2006, el Ministerio de Salud y Acción Social de nuestro país le otorgó el premio Mujeres Destacadas en Salud.

Seguramente me estoy olvidando de muchas distinciones que recibió Liliana, pero sé que desde su sencillez y bondad no le daría ninguna importancia.

Fue una médica de raza dotada de todas las cualidades que hicieron de ella una figura respetada dentro y fuera del país, no solo por sus extraordi-

narios conocimientos científicos y su compromiso insuperable con su trabajo, sino también por su integridad moral y su actitud humanística en el ejercicio de la profesión.

Querida Lili, me toca despedirte; desde lo personal siento que se me escapa alguna lágrima al recordar lo que fueron nuestros más de 40 años de amistad en los que compartimos nuestras familias, nuestros encuentros veraniegos en la playa con Robert, Norberto, Hilda, Silvina y el resto de nuestros amigos. Los cumpleaños que le organizabas a Norbe, las reuniones tempraneras en el quincho de tu casa en Mar del Plata organizando el Congreso Argentino de Cardiología que presidiste, nuestros encuentros obligados en todos los congresos alrededor del mundo, los asados de fin de semana en Highland con Alberto y su familia, en fin, toda una vida. Además de estos momentos divertidos que com-

partimos, tengo muy presente, y no lo olvidaré, que en cada ocasión que pasé por algún trance no esperado, demostrándome tu integridad de siempre, te tuve a mi lado diciendo “Sergini, estoy con vos”. Hace unos días vi un vídeo con el que te homenajearon en el CACI, donde un gran amigo tuyo, José Navia (Cacho), decía parafraseando a otra colega **“Liliana hizo lo que quiso y quiso lo que hizo”**, justa definición de lo que fuiste en vida.

Lili, estarás con nosotros siempre; creo que al plasmar tus sueños tu misión se cumplió en todos los aspectos, como hija, hermana, madre, esposa y amiga. Así, todos tus logros nos dejaron una impronta imborrable en nuestro camino que quisiéramos seguirla con la esperanza de volver a encontrarte.

Dr. Sergio D. Varini^{MTSAC}